



Pasos y Ordóñez Argüello: en el centenario de los “cumiches” de la vanguardia nicaragüense

Moisés Elías Fuentes

Carretera Interamericana en Nicaragua, 1942
(Fotografía: Peter Stackpole/
Time & Life Pictures/Getty Images)

AFINES Y DISÍMILES A UN TIEMPO, Joaquín Pasos y Alberto Ordóñez Argüello fueron justamente por ello espíritus gemelos, pero a conciencia distinguibles uno del otro. Joaquín nació el catorce de mayo de 1914 en la ciudad de Granada, mientras que Alberto vio la luz dos días después, el dieciséis, en la vecina ciudad de Rivas. Tentados desde temprana edad por el fantasma de la poesía, no dudaron en seguirlo y en consagrarse desde la adolescencia a la literatura. Fueron para la generación nicaragüense de Vanguardia sus “cumiches”, como se les acostumbra llamar en Centroamérica a los hijos menores. Sí, los menores, pero no aminorados.

Disímiles, Joaquín estudió en el Colegio Centroamérica, dirigido por sacerdotes jesuitas, es decir, se formó bajo un concepto educativo que unía el rigor eclesiástico al rigor científico; en cambio, Alberto cursó su bachillerato bajo la tutoría de sacerdotes salesianos, continuadores de los preceptos de San Juan Bosco y su sistema preventivo. Afines, ambos entendieron la educación religiosa recibida en sus respectivos colegios como el cimiento para sustentar y levantar sus personales conceptos de la libertad de pensamiento y de acción.

Pensamiento y acción son dos términos que definen de manera precisa la obra literaria y la vida de Pasos y Ordóñez Argüello, y que ellos experimentaron de maneras parecidas pero no iguales. Si bien tanto uno como el otro se consagraron a la creación literaria y a la crítica social con tesón y honestidad, Joaquín lo hizo en una entrega excesiva hasta el desatino, de tal forma que socavó irremediablemente una fisiología de suyo endeble, lo que determinó su temprana muerte. Como contraste, a pesar de su participación activa en numerosos hechos políticos y sociales de enorme tensión, lo mismo en Nicaragua que en otros países centroamericanos, Alberto supo nivelar tales participaciones con una vida diaria moderada, aunque eso sí, nunca morigerada.

Con entusiasmo y provecho sus textos aparecieron en publicaciones como *1938* y *Ya! Magazine Popular Nicaragüense*, medios en los que destacaron por la agudeza y vivacidad de sus artículos sobre crítica social, así como por el humor irónico de su prosa. Periodismo tenaz y vital a pesar de un entorno marcado por la simulación y la dictadura militar.

Curiosamente, aunque en el periodismo consiguieron colaboraciones destacadas y en algunos casos memorables, no fue así en la creación literaria, campo en el que parecían no coincidir, como se denota en el hecho de que sus incursiones en la dramaturgia fueron individuales: hacia el año de 1939, mientras Ordóñez Argüello escribía el texto de su obra teatral *La novia de Tola*, basándose en un cuento popular sobre una muchacha que infructuosamente espera a que su prometido acuda a la iglesia, Pasos colaboraba con José Coronel Urtecho en la redacción de un texto teatral al que llamaron *Chinfonía burguesa*.

Para su incursión en el teatro, Ordóñez Argüello recurrió a un cuento de camino, como suele llamárseles a los cuentos populares en Centroamérica, del que rescató la tradición del humor cruel que caracteriza a este tipo de relatos, y al que enriqueció gracias a la tensión dramática que le imprimió a la versión teatral. Pasos y Coronel Urtecho también recurrieron a las tradiciones populares, en su caso los llamados sonos de toros que se interpretan en las fiestas patronales. De dichos sonos tomaron los poetas la rima interna que los identifica, con el interés de armar con ellos un entramado de versos irónicos, absurdos y aun surrealistas.

Tanto Joaquín como Alberto se adentraron en lo popular para obtener frutos distintos: el primero buscó el discurso ilógico, con el propósito de subvertir a la tradición de los sonos de toros y sus rimas populares; en el segundo, lo que predominaba era el regreso a lo primigenio, a la cultura popular en su estado más puro, despreocupada por los formalismos de la lengua escrita, lo que distingue a los cuentos de camino.

Aun con ello, es innegable que la afinidad con lo terrestre que signó a la poesía de Ordóñez Argüello influyó a su modo en la poesía de Pasos, lo que hace todavía más relevante el hecho de que en la vida cotidiana fuera Alberto el nómada y Joaquín el sedentario. Si bien Joaquín, como sus demás compañeros de generación, tenía afecto por la cultura popular, lo que le llevó a recorrer los pueblos de su departamento natal, Granada, así como pueblos aledaños, no tuvo la inclinación de recorrer y conocer tierras extranjeras, como si la tuvieron, por mencionar algunos, Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra.

Alberto, hombre más apegado al terruño y a la vida establecida, sí fue un viajero constante. En 1942, el joven Ordóñez Argüello emigró a Guatemala y se involucró de lleno en la oposición al gobierno dictatorial de Jorge Ubico, por lo que fue deportado, pero retornó en 1944 para adherirse a la Revolución de Octubre, encabezada por Juan José Arévalo. En Guatemala continuó además sus actividades políticas opositoras a la dictadura de Anastasio Somoza García en Nicaragua, e incluso apoyó de manera activa a la Legión del Caribe, organización que intentó derrocar las administraciones tiránicas que dominaban la zona Caribe, auspiciada por José Figueres y Juan José Arévalo, presidentes de Costa Rica y Guatemala, respectivamente.

Década singular en la historia centroamericana, la de 1940 fue la década que vio el declive de las dictaduras en Guatemala, El Salvador y Honduras y el surgimiento de una incipiente democracia con carácter social en los mismos, a más de la crisis política en que entró el régimen dictatorial en Nicaragua.

Joaquín y Alberto respondieron de manera distinta a dicho proceso histórico. Mientras el primero se decidió por arriesgar su oposición a Somoza García, convencido de que el derrocamiento del tirano debía surgir desde adentro, el segundo concluyó que para propiciar las condiciones básicas que podrían deponer el gobierno represivo y explotador del dictador nicaragüense, debían fortalecerse las luchas por instaurar sistemas democráticos factibles en los países hermanos. Sin embargo, como han demostrado los años, las posturas adoptadas por los dos poetas son complementarias, toda vez que ha sido el fortalecimiento de los procesos democráticos lo que ha dado al istmo la posibilidad de creer en un futuro.

Hombres de política que vivieron la *realidad real* y sus violentos contrastes, Pasos y Ordóñez Argüello también fueron hombres de letras que comprendieron la *realidad literaria* como un fenómeno de refracción en el que la realidad cotidiana se mostraba en la multiplicidad de sus significados, en donde el yo y el otro podían verse a ambos lados del espejo. Es la vida que

se confirma mediante lo que la niega, “Ontología de la sombra”, al decir de Joaquín Pasos:

Amor de sombra y luz. Desesperada
fuerza que lleva inercia concebida;
plenitud, del vacío enamorada.

Pasión gozada en la pasión sufrida
porque en la amante sombra iluminada
está la muerte uniéndose a la vida.

Necesidad de conocer la vida al conocer la muerte, pero también necesidad de pensarla desde sí misma, no rebajada por el presentimiento de la muerte ni contaminada por la mezquindad humana. Vida digna de sentirse, de pensarse, de realizarse como una gracia personal y colectiva.

Pensando en esa vida, Alberto Ordóñez Argüello canta “A Augusto César Sandino”, el héroe patriótico, símbolo de la filiación de los hombres y las mujeres comunes con la vida, enamorados de ésta al grado de morir para vivirla:

Alta en “El Chipote”, su figura
habrá de perpetuar en escultura
el espíritu antiguo de la raza.

Allá siempre estará con sus banderas,
diciendo a las naciones extranjeras
que hay un Sandino en pie por cada plaza.

Poetas vanguardistas, susceptibles a la experimentación y la búsqueda constante de nuevas formas de construcción del poema, no deja de ser significativo que ambos usaran en los poemas anteriores la estructura del soneto. Significativo, aunque quizá después de todo no extraño ni extravagante, si tenemos en cuenta que el soneto ha dado esa inigualable gracia de lo elíptico a la expresión poética, y no podían pasar por alto la tensión emotiva que otorga el soneto a la poesía estos dos vanguardistas que nacieron un catorce y un dieciséis de mayo de 1914, y a los que saludamos desde nuestro hoy, como lo que son, nuestros contemporáneos. 